



## MAGNETISMO

---

OCURRIÓ lo que vamos á referir, al finalizar una comida de hombres solos, á la hora de los interminables cigarros y las incesantes copitas, entre el humo y el cálido entorpecimiento de la digestión, cuando las cabezas están ligeramente trastornadas por la absorción de una gran variedad de manjares y licores.

Llegó á hablarse del magnetismo, de los juegos de Donato y de los experimentos del doctor Charcot. De pronto aquellos hombres escépticos, amables, indiferentes á toda religión, pusiéronse á referir cosas extrañas, historias increíbles, pero verdícas, según afirmaban, cayendo bruscamente en creencias supersticiosas, agarrándose á este último ramal de lo maravilloso, convertidos en personas

devotas de ese misterio del magnetismo, y defendiéndole, en nombre de la Ciencia.

Sólo uno sonreía: un vigoroso mancebo, célebre perseguidor de muchachas y cazador de mujeres,



en el cual una incredulidad por todo había agarrado tan fuertemente, que ni siquiera admitía la controversia.

Repetía burlándose:

— ¡Bolas, bolas, bolas! No discutiremos á Donato, que es sencillamente un muy discreto prestidigitador. Cuanto

al señor Charcot, de quien se dice que es un sabio, me hace el efecto de esos cuen-

tistas por el estilo de Edgardo Poe, que acaban volviéndose locos á fuerza de meditar extraños casos de locura. Ha comprobado la existencia de fenómenos nerviosos inexplicados y todavía inexplicables, avanza en ese desconocido que á diario se explora, y, no pudiendo comprender siempre lo que ve, se acuerda quizás demasiado de las explicaciones eclesiásticas de los misterios. Además, quisiera oír-

le hablar; creo que ha de decir algo muy distinto de lo que ustedes repiten.

Una especie de movimiento de piedad prodújose en torno del incrédulo; ocurrió algo así como si el joven hubiese soltado una blasfemia en una asamblea de frailes.

Uno de aquellos señores exclamó:

—Sin embargo, bien hubo milagros en otro tiempo.

—Lo niego—replicó el joven—. ¿Por qué no los había de haber ahora?

Entonces cada cual aportó un hecho, presentimientos fantásticos, comunicaciones de almas á través de los largos espacios, secretas influencias de un ser sobre otro. Y se afirmaba, declarábanse los hechos indiscutibles, mientras que el encarnizado incrédulo repetía:

—¡Bolas, bolas, bolas!

Por último se levantó, tiró el cigarro, y con las manos en los bolsillos,

—Esténme ustedes atentos—añadió—. A mi vez voy á contarles dos historias, que luego les explicaré. Véanlas aquí:

»En el pueblecillo de Etretat, los hombres, mari-

nos todos, van todos los años al banco de Terranova á la pesca del bacalao. Pues bien; una noche, el hijo de uno de aquellos marineros, despertó sobresaltado, gritando que «su padre había muerto en el mar». Calmóse al arrapiezo, que se despertó nuevamente aullando «que su padre se había ahogado». Al cabo de un mes sabíase que, en efecto, el padre había sido arrancado del puente de su embarcación por un golpe de mar y había muerto.

»Se habló de milagro; todo el mundo se sobrecojió; calculáronse las fechas, y resultó que el accidente y el sueño habían casi coincidido; de donde se dedujo que habíanse producido la misma noche, á la misma hora. Y ahí tienen ustedes un misterio del magnetismo».

El narrador se interrumpió. Entonces, uno de los oyentes, impresionadísimo por el relato, preguntóle:

—¿Y usted explica eso?

—Perfectamente, señor mío; he encontrado el secreto. Me había sorprendido y aun vivamente intrigado el hecho ese; pero yo, como ustedes ven, no creo por principio. Así como otros empiezan por creer, yo empiezo por dudar; y cuando no comprendo, continúo negando toda comunicación telepática



de las almas, seguro de que mi penetración es suficiente. Pues bien; he buscado, he buscado, y he concluído, á fuerza de interrogar á todas las esposas de los marinos ausentes, por convencerme de que no transcurrían ocho días sin que una de ellas, ó cualquiera de sus hijos, soñase ó anunciase, al despertar, que «su padre había muerto ahogado». El temor horrible y constante de este accidente hace que á todas horas hablen de él, que en él piensen sin cesar. Ahora bien; si una de esas frecuentes predicciones coincide, por una casualidad sencillísima, con una muerte, al punto empíezase á hablar de milagro, porque se olvidan de repente to-

dos los demás sueños, todos los demás presagios, todas las demás profecías de desgracia que no se confirmaron. Por mi parte, tuve conocimiento de más de cincuenta, cuyos autores, ocho días después, no se acordaban de ellas. Pero, si el hombre hubiera, efectivamente, muerto, el recuerdo habría en breve despertado, y se hubiese comprobado la intervención de Dios, según los unos; del magnetismo, según los otros.

—Lo que está usted diciendo—declaró uno de los fumadores—es muy justo; pero veamos su segunda historia.

—¡Oh! Mi segunda historia es muy delicada para referida. Me ocurrió á mí mismo; así que desconfío algo de mi propia apreciación. No se puede ser equitativamente juez y parte. En fin, allá va:

»Entre mis relaciones mundanas figuró no hace mucho una mujer, en la cual yo no pensaba, á la que nunca había mirado atentamente, en la que no había reparado, según suele decirse.

»La clasificaba entre las insignificantes, á pesar de que no era fea; el caso es que me parecía tenía ojos, nariz, boca y cabellos vulgares, y, en conjunto, una fisonomía ordinaria: era uno de esos seres por

los cuales el pensamiento no parece preocuparse sino casualmente, sin poderse detener; en los que el deseo no se fija.

»Pues bien; una noche, conforme despachaba mi correspondencia al amor de la lumbre, antes de acostarme, sentí, en medio de aquella confusión de ideas, de aquella procesión de imágenes que se mueven en el cerebro cuando se está unos segundos meditando, con la pluma levantada, una especie de débil hálito que cruzó mi imaginación, un ligero estremecimiento de corazón, é inmediatamente, sin motivo, sin ningún encadenamiento de ideas lógico, vi distintamente, vi cual si la hubiera estado tocando, de los pies á la cabeza y sin ningún velo, á aquella mujer en quien no había nunca pensado más de tres segundos seguidos, el tiempo necesario para que su nombre cruzase por mi mente. Y de pronto le hallé un sinnúmero de cualidades que antes no había observado, un encanto dulce, un lánguido atractivo; despertó en mí esa especie de inquietud amorosa que impulsa á perseguir á las mujeres. Pero no pensé en ella mucho tiempo. Me acosté, quedéme dormido, y soñé.

»Todos ustedes habrán tenido, supongo, esos sue-

ños singulares que hacen dueño de lo imposible, que abren puertas infranqueables, alegrías inespéradas, impenetrables brazos.

»¿Cuál de nosotros, en esos sueños turbulentos, nerviosos, jadeantes, no ha tenido, estrechado, aplastado, poseído con una agudeza de sensación extraordinaria, á aquella que ocupaba la imaginación? ¿Y han notado ustedes qué sobrehumanas delicias proporcionan estas ventajas del sueño? ¡En qué embriagueces locas sumergen, con qué fogosos espasmos sacuden, y qué ternura infinita, acariciadora, penetrante, introducen en el corazón por la que se estrecha desfallecida y calurosa, en esa ilusión brutal y adorable que parece una realidad!

»Todo esto, yo lo sentí entonces con inolvidable violencia. Aquella mujer fué mía, mía hasta tal punto, que la tibia suavidad de su carne quedábame entre los dedos, el olor de su piel en el cerebro, el sabor de sus besos en los labios, el sonido de su voz en los oídos, el círculo que formaran sus brazos en los riñones, y el encanto ardiente de su ternura en toda mi persona, mucho tiempo después de mi exquisito y engañoso sueño.

»Y tres veces se renovó durante la noche este sueño mismo.

»Al amanecer, la mujer antes indiferente me obsesionaba, me poseía, ocupaba mi cabeza y mis sentidos, de tal modo que no podía pasar un segundo sin pensar en ella.

»Por fin, no sabiendo qué hacer, me vestí y fuí á visitarla. Mientras subía la escalera iba tan conmovido, que temblaba y mi corazón latía fuertemente: un veheméntísimo deseo me invadía de los pies á la cabeza.

»Entré. Ella se levantó de un salto al oír pronunciar mi nombre; y de pronto nuestras miradas se cruzaron con suprema fijeza. Tomé asiento.

»Murmuré algunas banalidades que ella parecía no escuchar. Yo no sabía qué decir ni qué hacer; entonces, bruscamente, me arrojé sobre ella y la estreché en mis brazos; y todo mi sueño fué una realidad tan rápida, tan fácil, tan locamente, que de pronto dudé si estaba despierto... Durante dos años, aquella mujer fué mi amante...»

—¿Qué deduce usted de eso?—dijo una voz.

El narrador parecía titubear.

—Deduzco... deduzco, que todo se debió á una

coincidencia, ¡caramba! Por otra parte, ¡vaya usted á saber! Tal vez fuera una mirada de ella que yo no había observado, y que surgió en mi cerebro aquella noche por uno de esos misteriosos é inconscientes llamamientos de la memoria que nos representan en ocasiones cosas descuidadas por nuestra conciencia, y que para nuestra inteligencia pasaron inadvertidas.

—Todo lo que usted quiera—concluyó uno de los presentes—. Pero, si después de eso no cree usted en el magnetismo, es usted un ingrato, mi querido señor.



## UN BANDIDO CORSO

EL camino ascendía suavemente hacia el centro del bosque de Aitône. Los desmesurados abetos formaban sobre nuestras cabezas una bóveda quejumbrosa, dejaban oír algo así como un lamento continuo y triste, mientras que á derecha é izquierda sus delgados y rectos troncos semejaban un ejército de tubos de órgano, de los que parecía salir la monótona música del viento en las cimas.

Al cabo de tres horas de marcha, el número de aquellos largos y juntos maderos disminuyó; de trecho en trecho un árbol gigantesco, apartado de los demás y abierto como una sombrilla enorme, ostentaba su copa de un sombrío verde; y de pronto llegamos al límite del bosque, á unos cien metros por bajo del desfiladero que conduce al inculto valle de Niolo.